



gnóstico. El misterio de todo el universo está fundado, salvo muy contadas excepciones, en las jerarquías y en los verdaderos números de estos Seres, invisibles para nosotros.

Los números son las primeras objetivaciones mentales abstractas y se expresan en los mundos mentales concretos por medio de sus sombras - Cuerpos-. Es así que Pitágoras, al hablar de la creación, parte de una idea esencial de números o ideas perfectas, que al materializarse se convierten en figuras geométricas, en base a las cuales, se crea todo en la naturaleza. Por lo tanto, los números son la primera etapa de la creación, como ideas fundamentales o arquetipos.

Según la concepción de los pitagóricos (hacia el siglo VI A. C.), los números son la clave de las leyes armónicas del cosmos; por lo tanto, son símbolos de orden divino. Como «arquetipos divinos» están ocultos en el mundo y se hacen evidentes al traslucirse el universo mediante ellos. «Los números no fueron arrojados a ciegas en el mundo; encajan formando órdenes equilibrados, como las formaciones cristalinas y las consonancias en la escala de las notas, conforme a las leyes de la armonía que lo abarcan todo». Se los considera «vínculos dominantes e increados de la eterna permanencia de las cosas intracósmicas». La periodicidad que descansa en unidades numerables de los ciclos cósmicos debe haber sugerido la idea según la cual los números no son meros auxiliares del orden introducidos por el hombre, sino cualidades primarias del universo, huellas «absolutas», desprendidas de poderes sobrehumanos y, por consiguiente, sagrados símbolos de la divinidad.

Los valores llamados números se objetivan en sus sombras, los elementos geométricos, o mejor dicho, las relaciones armónicas entre los mismos. Cada número tendría su reflejo objetivo y así vemos un proceso aritmético y otro geométrico-reflejo.

Para Jung, « ... si se toma un grupo de objetos despojando a cada uno de todas sus propiedades, quedará siempre, al final, su número, lo cual parece indicar que el número es algo irreductible». Para Jung, los números son arquetipos que se han hecho conscientes, pero aún en casos en que no lo son, pueden surgir espontáneamente de la mente inconsciente, como pudo atestiguar reiteradas veces en los sueños de sus pacientes, y en los mitos de tribus primitivas de cualquier parte del globo. Así, serían entidades autónomas no explicables a través de conceptos, probablemente con cualidades aún no descubiertas. Como arquetipos, son preexistentes a la consciencia, teniendo la capacidad de producir modificaciones en ella. Y agrega: « ... entonces no sólo algunos números naturales y combinaciones de números se relacionan con ciertos arquetipos e influyen sobre ellos, sino que lo inverso también es verdad. El primer caso equivale a la magia numérica, pero el segundo es equivalente a explorar si los números, en conjunción con la combinación de arquetipos encontrada en astrología, demostrarían una tendencia a comportarse de alguna manera especial.»

Si bien, el objetivo de este trabajo es hacer una reflexión sobre el número cinco, es importante describir, aunque sea someramente el simbolismo de los otros números considerados en las antiguas culturas, para luego profundizar en el tema de este trabajo.

### El Uno:

El Tao, el Absoluto, engendra al Uno. Voluntad primera hacia la existencia, impulso activo inicial, representado por el punto en geometría, por la nota Do en música, por el “Hágase la Luz» del Génesis, por el Verbo Cristiano, por el Sol en nuestro sistema planetario. Pero el Uno, como impulso puro, sólo puede dar el punto de partida, pues nada puede hacer sin su objeto de acción. Cuando la luz se hizo, se tuvo que diferenciar

del Todo, surgiendo simultáneamente las tinieblas. El Uno, como todo principio masculino, va hacia su contraparte receptiva, la que, en cambio, sólo es.

### El Dos:

La posibilidad concreta de producción, de creación, es el Dos, la polaridad a partir del Uno, en el que cada polo está presente en el otro, la nota Re, la estructura de la línea.

El Dos, como símbolo, es lo femenino, quedando así establecida la dualidad, la polaridad básica indispensable para la existencia. Por un lado, la voluntad de ser, la luz, lo activo, lo cálido, lo ascendente, lo masculino, el *yang*; y por el otro, la voluntad de no ser. lo oscuro, lo pasivo, lo frío, lo receptivo, lo femenino, el *yin*, mutuamente dependientes

Astrológicamente, el Sol y la Luna, el Fuego y el Agua. Son los dos elementos básicos de la vida; el primero nos lleva a ascender, a buscar la unión con lo superior trascendente, y el segundo, a atraer hacia abajo, transformando lo trascendente en inmanente.

### El Tres:

La creación, la persistencia de la vida, depende de la interacción entre las fuerzas que tienden a ser y las que tienden a no ser, entre el impulso de ir hacia, y la paciente espera de recibir y acoger. Como producto de esta dinámica surge el Tres: fruto liberador de la tensión entre los extremos, elemento estabilizador, principio equilibrante, el elemento nuevo a partir de la materia fecundada. El Tres se yergue como germen de vida nueva,

como la materia en estado creado, como el resultado del uno más el dos. Considerado como la materia fecundada por el espíritu, o el triángulo pitagórico original, o la tríada padre-madre-hijo, el tres es fuente y origen de todas las cosas existentes a través de sus componentes Sustancia - Forma - Movimiento.

Muchos conceptos han sido simbolizados con tríadas, triángulos y trinidades en las diferentes culturas. Esto lo encontramos expresado de diversas maneras en la mayoría de las cosmogonías existentes. El sufismo nos habla de la ley de Tres: la fuerza activa, la fuerza pasiva y la fuerza neutralizante o conciliadora. El taoísmo, con el Yin, el Yang y el Tao, expresa la misma idea; remontándonos al antiquísimo Tao Te King, encontramos: «El Tao engendra al Uno. El Uno engendra el Dos. El Dos engendra el Tres. El Tres engendra las diez mil cosas.» En el hinduismo tenemos a Brahma - creador - Vishnú - mantenedor - y Shiva - destructor. La Trinidad en el cristianismo, es la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En la Masonería encontramos el símbolo del triángulo con el Ojo-que-todo-lo-ve.

En Astrología aún hoy se utiliza un triángulo con su vértice hacia arriba para designar al elemento Fuego, y uno con su vértice hacia abajo para el elemento Agua, siendo este último la materia más insustancial, pero todavía palpable, para ser insuflada de vida por la forma acaso más substancial del espíritu, el Fuego. Por otra parte, en la rueda del zodiaco cada elemento está representado tres veces, cada una de ellas enfatizando un aspecto del mismo, que producirá todas las variaciones posibles.

### El Cuatro:

El Cuatro posiblemente tiene entre los números simbólicos el mayor potencial de asociaciones. Se relaciona con la cruz y el cuadrado, con las estaciones del año, ríos del

Paraíso, temperamentos, humores corporales, puntos cardinales, evangelistas, las cuatro letras del nombre de Dios - YHVH - las fases de la luna, las edades del hombre - infancia, juventud, madurez y vejez - los elementos astrológicos - tierra, agua, fuego y aire - las cuatro cualidades alquímicas - frío, seco, húmedo, caliente - las cuatro funciones psicológicas, según Jung - intuición, sensación, pensamiento y sentimiento. Las Cuatros Nobles Verdades son el fundamento del Budismo. El Cuatro es quien orienta en el mundo tridimensional: cómo soy, en contraposición a cómo no soy; dónde estoy, en contraste a dónde no estoy, adónde voy, en oposición a de dónde vengo, etc.

Es la forma más sintética, la expresión más elemental de las diez mil cosas creadas; es la forma condensada de todo lo existente, representando la estabilidad, lo que se conserva en el tiempo. El Cuatro fusionado vuelve a representar al Uno, al Todo materializado que, polarizado y combinado en diferentes proporciones, produce la variedad de todas las cosas. Todas y cada cosa describen a la totalidad. Pero cada pequeña totalidad, cada microcosmos, singulariza un paso dado más allá de la elementalidad de la materia, un punto adelante que hace que sea esa cosa y no otra, una esencia que define o determina su naturaleza.

Se lo considera el arquetipo de la totalidad. La «cuaternidad del Uno» es el esquema para las imágenes de Dios, como aparece en las visiones de los profetas Exequiel, Daniel y Enoch, o en la representación de Horus y sus cuatro hijos, o la de Cristo con los cuatro evangelistas. En alquimia se habla de «la cuadratura del círculo». Por medios geométricos se buscaba construir un cuadrado que tuviera la misma superficie que un círculo dado.

### El Cinco:

El Cinco incluye los fundamentos materiales, pero no se limita a ellos. Viene a ser el vínculo entre el Uno y la diversidad, el puente que une lo corpóreo con lo divino y que le da sentido e inserción en un organismo dado. El Cinco es el éter, la quinta esencia de los alquimistas, magma fundamental del que emerge toda la materia.

Son los cinco sentidos, a través de los cuales el hombre conoce y aprehende su entorno. Se le describe geométricamente como el pentágono, de donde se deriva la estrella de cinco puntas. En ella se inscribe la figura humana con brazos extendidos y piernas separadas. Es la cruz, con sus cuatro brazos más la intersección. En música es el pentagrama, sustrato del sonido original que produjo la creación, y la nota Sol. Es el hombre unificado, el que culminó su proceso de individuación, con conciencia de sí, enfrentado a la materia (el Cuatro), con la que puede crear, interactuar, sublimar. Él es el mediador entre los elementos y el surgimiento de lo nuevo a través de un acto de creatividad.

El número cinco es el considerado como puente entre el mundo terrestre y el celeste, es el número del hombre por excelencia, aquel hombre que se encuentra crucificado entre lo terreno y lo divino.

En la mitología griega, el quinto elemento, Éter o *Aether* (en griego antiguo Αἰθήρ *Aithér*, de αἶθω *aíthō*, 'quemar') era la personificación del 'cielo superior', el espacio y el paraíso. Es el aire alto, puro y brillante que respiran los dioses, en contraposición al oscuro ἄήρ *aér* ('aire') de la Tierra que respiraban los mortales.

El propio Aristóteles no calificó al éter de quinto elemento, sino que lo consideró, más bien, como el cuerpo primero y eterno. La quintaesencia no es únicamente la esfera más externa, la esfera eterna del cosmos, sino que puede ser también la luz, o el portador de la luz; luego es la sustancia del alma o lo esencial de cada sustancia individual (su quintaesencia); pero también puede ser la unidad de todo, es decir, la totalidad del Universo, el macrocosmos, o bien lo contrario, el microcosmos, el ser humano (así en Paracelso), o incluso Cristo.

Dentro de las enseñanzas herméticas antiguas, se consideraba que el hombre estaba constituido por una parte terrena, concreta, representada por un cuadrado y otra divina o espiritual representada por un triángulo, ambos integrados formaban una pirámide de base cuadrada que ascendía a través de la evolución de la conciencia.

La parte concreta o terrena constituía la personalidad del hombre y estaba conformada por cuatro cuerpos o vehículos, cada vehículo se correspondía con un elemento de la naturaleza, a saber:

- Ø Cuerpo físico - con la tierra
- Ø Cuerpo Energético - con el aire
- Ø Cuerpo Emocional- con el agua
- Ø Cuerpo Mental Concreto- con el fuego

Por otra parte, el espíritu estaría constituido por tres cuerpos o vehículos, a saber:

- Ø Intuición
- Ø Inteligencia

Ø Voluntad

Esta tríada representa las virtudes que conectan al hombre con la divinidad, aquellas cualidades que rigen el orden universal y que establecen el equilibrio en todo lo creado.

Dentro de este esquema, se encuentra el quinto elemento, el número cinco, aquello que conecta la parte concreta con la parte espiritual del Ser Humano, y que hace que el hombre concencie las diversas etapas evolutivas, para llegar a ascender dentro de su propia espiritualidad hasta conectarse con lo UNO, con la divinidad.

La importancia entonces de este quinto elemento es que permite la conciencia de la evolución, es por eso que se plantea como un elemento netamente humano, pues es el hombre el llamado a encontrar el camino de la evolución y transitarlo, para poder llegar a ser un puente útil y un instrumento en la larga cadena de la naturaleza, el número cinco, entonces nos plantea un desafío y una oportunidad, un desafío en el sentido de descubrir la forma de conectarnos con lo divino, y una oportunidad de evolución.

Es así como para la formación masónica, el número cinco es el número del Compañero, aquel que ha iniciado su quinto viaje, que ha dado forma a la piedra, a través de la actualización de etapas anteriores de su formación masónica, por medio de la inteligencia, la rectitud, el valor y la prudencia. Utilizando para ello las herramientas que han sido asimiladas en las etapas anteriores desde el humilde aprendiz, que a través del Martillo y Cincel, conoce la piedra y se enfrenta a ella luego, tratando de perfeccionar su obra, adquiere otras herramientas y aprende a usarlas eficientemente, la Regla y el Compás, que motivan la comprensión del ideal y la forma de plasmarlo en la vida, posteriormente adquiere la Palanca, como la herramienta de la fortaleza, que es necesaria para remover los más hondos defectos, la que debe ser utilizada por ambas

manos, y ante la cual nada se resiste. En este momento el compañero descubre el poder de la voluntad inquebrantable inteligente y desinteresada.

En su cuarta etapa, el compañero conserva la Regla, como símbolo de rectitud, necesaria para no envanecerse luego de haber desarrollado el potencial interior al punto de haber avanzado en el camino lo suficiente para comprenderse y dominarse, además, deja la palanca para reemplazarla por la Escuadra, que le da a la gran obra de construcción del templo interior, o construcción de sí mismo, la perfección que merece y que es necesaria para esta gran obra.

Una vez terminada la piedra, en la quinta etapa, el compañero, debe abandonar las herramientas, pues ya ha perfeccionado su obra al punto de no quedarle nada más que la contemplación de la perfección, liberado de sus vicios y libre de ataduras, el compañero se vincula con lo sagrado a través de su obra. El compañero logra vincular lo humano con lo divino, y lo dona a la humanidad como símbolo de amor, la filantropía, el amor profundo inspirado en la comprensión de la naturaleza humana y de la contemplación de los arquetipos, lo que lo lleva a observar sin encandilarse, la estrella flamígera de cinco puntas, con el símbolo de lo supremo, el Sol de la sabiduría, el centro.

S.:F.:U.:

---

Para citar este artículo, indicar la siguiente URL:  
<http://www.bajoloshielos.cl/19pollicardo.pdf>